

CIUDADES

Volúmen 7

Arturo Almandoz
Editor

Caracas, de la metrópoli súbita a la meca roja



OLACCHI

Organización Latinoamericana
y del Caribe de Centros Históricos

Editor general
Fernando Carrión

Coordinador editorial
Jaime Erazo Espinosa

Comité editorial
Fernando Carrión
Michael Cohen
Pedro Pérez
Alfredo Rodríguez
Manuel Dammert G.

Diseño y diagramación
Antonio Mena

Edición de estilo:
Alejo Romano
Ana Aulestia

Impresión
V&M Gráficas

ISBN: 978-9978-370-29-2
© OLACCHI
El Quinde N45-72 y De Las Golondrinas
Tel.: (593-2) 2462 739
olacchi@olacchi.org
www.olacchi.org
Quito, Ecuador
Primera edición: diciembre de 2012

Contenido

Presentación	7
------------------------	---

Introducción

Caracas, entre la ciudad guzmancista y la metrópoli revolucionaria	9
<i>Arturo Almandoz</i>	

I. Desarrollismo, metropolitanización y modernidad

Modernidades alternas del urbanismo caraqueño: Territorio, arquitectura y espacio urbano	29
<i>Lorenzo González Casas</i>	

Caracas, modernidad y escala urbana: Una aproximación interdisciplinaria	73
<i>Nancy Dembo, José Rosas e Iván González V.</i>	

Modernidad urbanística y Nuevo Ideal Nacional	95
<i>Arturo Almandoz</i>	

II. De la Venezuela saudita al Caracazo

Desarrollo urbano y vivienda: La desordenada evolución hacia un país de metrópolis . . .	105
<i>Víctor Fossi Belloso</i>	

Del sistema de ciudades venezolano 127
Marco Negrón

Caracas: De la Colonia al socialismo del siglo XXI.
Espacio, clase social y movimientos ciudadanos 155
María Pilar García-Guadilla

III. Hacia la Caracas roja

Espacio y dinámica de la ciudad violenta 199
Silverio González Téllez

Caracas: Su sistema de transporte y movilidad 213
Josefina Mundó Tejada

El crecimiento urbano y la pérdida
de los valores ambientales 235
Rosa María Chacón

La cultura constructiva informal y
la transformación de los barrios caraqueños 263
Iris Rosas Meza

Espacio, revolución y resistencia:
Lugares ordinarios y eventos
extraordinarios en Caracas 285
Clara Irazábal y John Foley

I. Desarrollismo, metropolitanización y modernidad

Modernidades alternas del urbanismo caraqueño: Territorio, arquitectura y espacio urbano¹

Lorenzo González Casas*

Introducción: Estratos y juegos de la modernidad caraqueña

La estructura urbana de Caracas es producto de una dialéctica entre formaciones discursivas importadas y condiciones específicas del lugar. Considerando que todos los esfuerzos de modernización urbana han estado inspirados en fuentes extranjeras, es posible trazar en cada fase del desarrollo de la ciudad un conjunto característico de influencias foráneas, acompañadas por activas reacciones locales. De esta manera, la transformación de la ciudad se produce de manera acumulativa (modernidad por estratos superpuestos) y, en el caso caraqueño, por la sucesiva importación e implantación de ideas y esquemas urbanísticos hispanos, francobritánicos y norteamericanos.

En combinación con la tesis de la estratificación de las ideas modernizadoras, se usa aquí la noción de juego como clave de interpretación de la alteridad y del complejo proceso de negociación entre ámbitos culturales preexistentes y novedosos. De esta manera, se analiza cómo la cuadrícula fundacional de Caracas se convirtió en el centro de la ciudad y en el gran escenario de la dialéctica de continuidad y cambio, en el que se estableció la dinámica de crecimiento urbano, la localización jerarquizada de usos y la representación del poder. Se entenderá la idea

1 El presente trabajo es una versión modificada de un texto publicado originalmente en inglés; véase González Casas (2002).

* Es profesor titular de la Universidad Simón Bolívar de Caracas. Dirección electrónica: lgonza@usb.ve.

de juego no tanto en su sentido lúdico o ligero, sino en el de operación estratégica, experimental, de negociación para la toma de decisiones de agentes sociales o jugadores clave, pues cada jugada condiciona o prescribe las siguientes.

Este trabajo contiene un énfasis temporal en el estrato o período de entresiglos, o, como lo expresara José Luis Romero (1976), el correspondiente a la denominada “ciudad burguesa” de fines del siglo XIX y principios del XX, y un énfasis espacial en las dimensiones territorial, arquitectónica y de espacio público del urbanismo caraqueño.

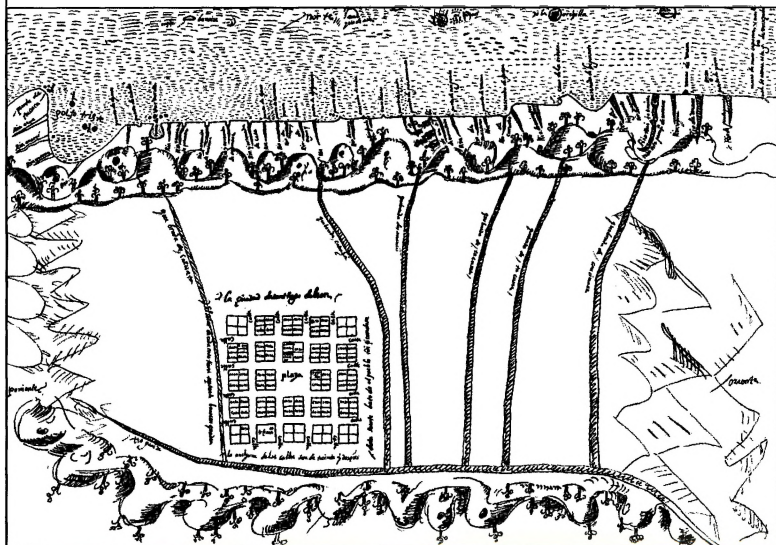
Antecedentes: La ciudad colonial y los inicios de la república

Cuando en el año 1578 Juan de Pimentel, gobernador y capitán general de la provincia de Venezuela entre 1576 y 1583, envió a la corte de Felipe II su relación sobre Santiago de León de Caracas, en cumplimiento de una cédula real que así lo exigía, la acompañó del primer plano que se conoce de la ciudad (Imagen 1). No obstante, su pretensión de ser una descripción precisa del nuevo asentamiento en tierras americanas, el plano de Pimentel representaba más los deseos de la Corona que existencias reales; por ende, se trataba especialmente de un plan que de un plano, un paisaje de símbolos más que uno de hechos, como algunos trabajos arqueológicos recientes parecen sugerir (Sanoja *et ál.*, 1998).

Sobre ese tablero (quiero subrayar la alusión a la forma de la ciudad como plataforma del llamado “juego ciencia”) tomarían lugar sucesivos juegos, o ensayos, si se utiliza la metáfora del laboratorio (Fernández, 1998), de la cultura urbanística venezolana. Ese primer esfuerzo de modernización, bajo dominio español y coincidente con los ideales del Renacimiento, supuso la creación de una ciudad completamente nueva en el valle de Caracas, y el establecimiento de las bases de una estructura urbana cuyos fundamentos se mantuvieron casi constantes entre los siglos XVI y XIX².

2 Debido a la inexistencia de tradiciones urbanas aborígenes en Venezuela, como las de México o Perú, es posible decir que la influencia de los primitivos pobladores fue casi

Imagen 1. Plano de Juan Pimentel, 1578



Fuente: De Sola Ricardo (1967).

De manera similar a la distinción de Aldo Rossi (1971) entre elementos primarios y secundarios de la estructura urbana, el tablero inicial de Caracas posee básicamente dos tipos de piezas, colocadas sobre recuadros de similar dimensión: iglesias y conventos (como elementos principales) y casas (a modo de peones). El plano de Pimentel (una carta tanto en el sentido literal como en el figurado) posee una regularidad oportuna para informar a quienes estaban del otro lado del océano sobre el estatus de esta suerte de sello real en el territorio americano, cuyo orden, no

nula en el ámbito urbanístico. Había cerca de 25 mil indígenas en Caracas, en el valle de los Toromaynas, a la llegada de los europeos; pero en menos de 25 años la población había disminuido a unos seis mil, debido a la guerra de resistencia y a las enfermedades contagiosas. La nomenclatura caraqueña guarda muchos nombres indígenas, los cuales refieren principalmente, como era de esperar, a elementos naturales. Es el caso de la propia denominación de Caracas y otras como Guaire, Catuche, Anauco, Baruta, Chacao y Petare. En contraste, las creaciones artificiales, como la cuadrícula y sus partes, llevan nombres hispanos.

debe olvidarse, derivaba de un compromiso entre la Iglesia católica y la Corona española, los principales jugadores del proceso de colonización.

Como producto de ese compromiso, la iglesia principal, luego convertida en catedral, se asentó en el lugar más importante, frente a la plaza Mayor. Aparte de esa iglesia, en el plano aparecían otras cuatro propiedades eclesiásticas, incluyendo la que daría lugar al convento de San Francisco, que ocupaba una manzana completa de la nueva ciudad. En contraste con la multitud de predios religiosos, solo figura en el plano una parcela destinada a las actividades gubernamentales; 75 parcelas ocupadas por casas, 23 lotes vacantes, un espacio central principal y otros espacios públicos menores completaban la ciudad de Pimentel, un objeto modular finito inmerso en un vasto entorno. La escala del plano está alterada con la finalidad de conjugar el interés por el detalle parcelario con la referencia más completa posible del medio natural. De esta manera, el plano trataba de poner juntas dos vivencias espaciales diferentes: la de la inmensidad oceánica y de la naturaleza omnipresente, pródiga y gigantesca, que había llevado a un deslumbrado Cristóbal Colón a afirmar que se encontraba en el Paraíso Terrenal —o Tierra de Gracia— al avistar las costas venezolanas en su tercer viaje al Nuevo Mundo, y la de la vida cotidiana. La forma regular de la ciudad era quizás una de las pocas maneras de documentar la presencia humana en un territorio colosal³.

Seis años antes de la publicación de las Leyes de Indias, en 1567, la fundación de Caracas por un grupo de 136 españoles comandado por Diego de Losada fue la más oriental en territorio venezolano hasta ese momento, y ocurrió después de varios intentos que hallaron fuerte

- 3 Similares juegos tomaban lugar en otras localidades de la provincia y en el resto de Hispanoamérica, donde la fundación de ciudades fue tanto una declaración simbólica como un procedimiento administrativo estándar del poder europeo en su empresa colonial, dentro de un territorio desconocido y avasallante. Como resultado, apareció una configuración uniforme que condujo a una llamativa semejanza entre los distintos asentamientos españoles a lo largo del continente, con independencia de su localización. La forma general es una trama ortogonal regular, cuyo origen histórico es tan antiguo como la civilización urbana. Las directrices de planificación urbanística, compiladas en 1573, durante el reinado de Felipe II, en las llamadas Leyes de Indias, son un primer esfuerzo modernizador que luego se transformaría en tradición en América Latina.

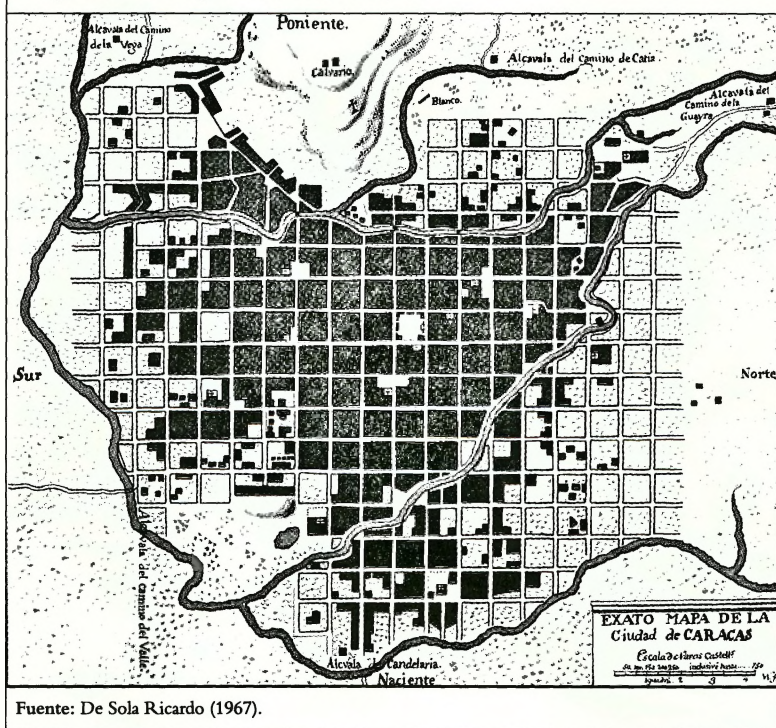
resistencia por parte de los habitantes nativos del lugar. Después de la derrota de Guaicaipuro, el jefe de los indígenas, el pueblo se localizó en el extremo oeste del largo y estrecho valle de montaña, a unos 920 m. s. n. m., cerca del camino a la costa caribeña. El sitio seleccionado se localizó entre cerros y cursos de agua: el Ávila, la montaña más alta, al norte; la quebrada de Catuche al este; el río Guaire al sur; y la quebrada de Caroata y la colina de El Calvario al oeste. El plano de Pimentel representa estos accidentes hidrográficos y orográficos con especial esmero, dejando a los ríos el papel de marcadores de la distancia y a las montañas el de marco, con sus murallas rodeando el tablero.

Caracas creció lentamente durante los siglos XVI y XVII. La pobreza —extendida a la totalidad de la provincia—, los terremotos y las epidemias establecieron límites y la caracterizaron como una ciudad pequeña, sin comparación con las capitales virreinales en cuanto a tamaño y riqueza. Por otra parte, se careció durante buena parte del período colonial de una noción de territorio unificado: las siete provincias de la Capitanía General (Caracas, Barcelona, Cumaná, Margarita, Mérida, Trujillo y Barinas) funcionaban como sistemas urbano-portuarios casi completamente independientes. En relación con la expansión urbana caraqueña, el crecimiento fue controlado y acomodó a la nueva población dentro del mismo perímetro urbano⁴. Como resultado, surgió una fragmentación creciente del tejido urbano debido a la subdivisión de las manzanas en unidades cada vez más pequeñas. Por esto, el área urbana de Caracas en el año 1772 era casi igual a la de 1806, mientras que la población aumentó entre esos años de 19 mil a más de 40 mil habitantes.

Aunque no fue prevista como la capital formal, en la práctica Caracas se había transformado gradualmente en la capital de la provincia desde los puntos de vista político y religioso. Luego de la mudanza del

4 La estratificación sociodemográfica, establecida desde los mismos inicios del poblamiento, tendía a reproducirse en la medida en que la ciudad crecía. La élite urbana, compuesta por una aristocracia o clase alta de hacendados blancos, la mayoría de ellos criollos (llamados “grandes cacao” o “mantuanos”), se estableció en torno a la plaza Mayor. Entre tanto, personas menos acaudaladas, como los españoles recién llegados, canarios, pardos, indígenas y negros, vivían hacia la periferia.

Imagen 2. Plano de Juan Vicente Bolívar, 1772



Fuente: De Sola Ricardo (1967).

gobernador (1576), los funcionarios reales (1570), el obispo (1613) y, finalmente, el asiento de la catedral (1637), una Real Cédula de 1777 la declararía capital de la Capitanía General de Venezuela, mientras las principales instituciones se establecerían allí: la Real Audiencia (1786), el Real Consulado (1793) y el Arzobispado (1803), así como las casas de los agricultores más acaudalados, la universidad, oficinas de juriconsultos, órdenes religiosas y los títulos y donaciones más relevantes.

Caracas disfrutó, desde finales del siglo XVII hasta principios del XIX, un período de relativa prosperidad. Su economía, basada en dos cultivos de exportación, café y cacao, fue mejorada por la Compañía

Guipuzcoana, fundada en 1728, y los programas de liberalización comercial posteriores, los cuales contribuyeron al crecimiento económico de la provincia y su capital y generaron un período de prosperidad a partir de 1780. En 1772, casi 200 años después del plano de Pimentel, Caracas fue representada por otro plano, autodenominado “exacto”, realizado por Juan Vicente Bolívar, padre de Simón Bolívar (Imagen 2). De limitada exactitud, este plano resaltaba la hidrografía (base de la economía y sustento de la aislada villa), las alcabalas y las iglesias. El continuo rural-urbano se evidenciaba en el uso de colores para diferenciar las figuras y los fondos⁵.

Hacia 1810, en vísperas de la guerra de independencia, la ciudad contaba con más de 42 mil habitantes y se dividía en cinco parroquias religiosas: Catedral, San Pablo, Candelaria, Altagracia y Santa Rosalía. Los edificios religiosos seguían siendo los hitos de una ciudad de baja altura. La plaza Mayor era el espacio abierto en el cual tomaban lugar todas las funciones públicas: las reuniones religiosas, políticas y sociales, los desfiles del ejército, el mercado, la administración de justicia y los juegos y actividades recreativas en general. Algunos edificios públicos se ubicaron alrededor de la plaza Mayor, pero la catedral continuaba siendo la edificación más importante. Otros espacios abiertos o subcentros se crearon sobre la base religiosa parroquial; no obstante, estos nunca llegaron a ocupar la totalidad de una manzana, y mantuvieron una jerarquía secundaria con respecto a la plaza Mayor.

En términos tipológicos, las edificaciones se organizaban por lo general en torno a un patio. De esta manera, el trazado concéntrico de la ciudad (bloques sólidos alrededor de un espacio abierto) se repetía a escala doméstica. Este esquema urbano concéntrico era de calidad diagramática, pues, entre otras cosas, expresaba el orden jerárquico de la ciudad a través del arreglo de los espacios abiertos: desde los patios centrales de las edificaciones a los espacios locales (plazas parroquiales) y

5 Caracas, como otras fundaciones hispanas en América, creció concéntricamente y a lo largo de caminos que llevaban a las propiedades rurales. Con el paso del tiempo, la forma abierta de la malla reforzaba la fuerte relación que existía entre el campo y la ciudad. Véase González Casas y Vicente (1992).

a los centros urbanos (plazas mayores). Este arreglo, con la vida cotidiana organizada alrededor de los espacios abiertos, es un rasgo fundamental para entender tanto el urbanismo como el sentido del hábitat de la ciudad colonial.

Lentamente, algunas instituciones civiles adquirieron cierta preeminencia en el tablero. El gobernador español Felipe Nicolás Ricardos introdujo las reformas borbónicas en 1751; estas eran el reflejo del despotismo ilustrado de esa casa real y pretendían “hacer a Caracas moderna, consciente de sí misma y leal” (Ferry, 1989: 248)⁶. Caracas se transformó nuevamente en una arena de reformas coloniales propiciadas por la Corona española: se promulgaron nuevas ordenanzas, se crearon oficinas públicas y se reconstruyeron algunos espacios urbanos. Entre 1753 y 1755, la plaza Mayor fue remodelada con pórticos en sus flancos sur y oeste, diagonales a la catedral. La función de la plaza como mercado público de la ciudad fue reforzada: se construyeron pequeñas tiendas en el lado interno del muro y se ofrecieron en alquiler, con lo cual la ciudad ganó el control sobre el pago de impuestos. Robert Ferry ha argumentado que, “como tal, la reformada plaza era una expresión efectiva, tanto funcional como simbólicamente, de la autoridad del rey” (Ferry, 1989: 248).

El orden colonial llegó a su fin cuando las luchas entre las familias criollas y los comerciantes y autoridades peninsulares condujeron a la guerra independentista y a la búsqueda, sumamente costosa, de un nuevo orden. Luego de la independencia, y con la separación de Venezuela de la Gran Colombia, Caracas se convirtió en la capital de un país independiente. Sin embargo, esto no significó enormes cambios urbanísticos, pues, si bien la independencia rompió en muchos aspectos la estabilidad del orden español, en otros la estructura colonial continuó siendo la base de la organización social y económica del país. La

6 Un proceso general de modernización del Imperio español fue acometido bajo los reformadores borbónicos, particularmente durante el reinado de Carlos III (1759-1788). Este proceso, de inspiración francesa, condujo a múltiples conflictos con la Iglesia católica. En el caso venezolano, los reformadores también querían castigar a la provincia por el levantamiento de 1749.

formación de un Estado liberal y la creación de una nueva república encontraron enormes obstáculos a causa de las luchas por el poder entre los antiguos líderes de la guerra de independencia y la balcanización del país. La permanencia del modelo centralista de la Capitanía General, el cual fue atacado por el liderazgo rural regional, ocasionó forcejeos entre caudillos locales y condujo a sangrientas guerras civiles que mantuvieron al país en estado de beligerancia permanente y a la capital en estado de lento crecimiento. La naturaleza en estado salvaje parecía dominar, como lo evidencian las obras pictóricas de Ferdinand Bellerman, Camille Pissarro y sir Robert Ker Porter. Después de más de cincuenta años del devastador terremoto de 1812, que destruyó las dos terceras partes de los edificios y causó la muerte de entre 10 mil y 12 mil habitantes (Cunill Grau, 1987), las ruinas permanecían a lo largo de toda la ciudad, evidenciando que algo se había roto en relación con el orden colonial, pero que ese algo no tenía un modelo sustitutivo claro⁷.

Guzmán Blanco y la recreación de una ciudad republicana

En abril de 1876, el ingeniero Roberto García —hasta marzo de ese año, ministro de Obras Públicas del gobierno venezolano— dedicaba un álbum al “Ilustre Americano, Regenerador y Presidente de los Estados Unidos de Venezuela”, Antonio Guzmán Blanco (Imagen 3). En la contraportada del álbum, un retrato muestra a Guzmán Blanco dentro de un óvalo, vestido con la solemnidad y distinción del caso, en un plano tres cuartos y rodeado por símbolos de la nacionalidad e instrumentos de poder. Encabezando la composición, el escudo nacional, flotante, funge como una suerte de corona republicana sobre la cabeza del gobernante y hace las veces de blasón genealógico para la justificación histórica del personaje. En el sector intermedio se encuentran, simétricamente colocados y emanando como numerosos rayos del óvalo central, banderas nacionales y piezas de armamento, cañones, lanzas y bayonetas, que ha-

7 Se debe aclarar que en el año 1821 habitaban en la ciudad menos de 17 mil personas, alrededor de un tercio de la población de 1812.

bían llevado a Guzmán Blanco al poder. Estos elementos se convirtieron así en símbolos del monopolio de la violencia legítima del Estado, a la cual se recurrió frecuentemente para enfrentar a la oposición. Pero en la parte inferior del retrato se encuentra lo que más nos interesa: como sustento de la composición aparece un conjunto de planos e instrumentos de dibujo (compás y regla), casi ocultos tras las orlas vegetales. Si se observa con detenimiento, los planos contienen la planta y fachada del Palacio Federal, nuevo edificio diagonal a la plaza central, del cual García fue ingeniero constructor, y que estaba destinado a albergar un Congreso que, al menos nominalmente, hacía referencia a la división de los po-

Imagen 3. Antonio Guzmán Blanco. Contraportada de un álbum dedicado a Antonio Guzmán Blanco por el ingeniero Roberto García, 1876



Portada del Album ofrecido por Roberto García a Guzmán Blanco y su retrato en una de las páginas.

Fuente: Zawisza (1988).

deres de los modernos regímenes parlamentarios. Los planos del Palacio Federal son, seguramente no por azar, los vértices de una composición piramidal que termina en el escudo venezolano y las figuras que brindan estabilidad al óvalo en el que Guzmán Blanco se aloja.

Esta iconografía, llena del instrumental simbólico tanpreciado para líderes masones, como el oferente y el destinatario, es útil para ilustrar algunas claves del esfuerzo realizado a fines del siglo XIX con el objetivo de romper la inercia y crear un nuevo estrato de ciudad moderna. Ese proceso causó, entre otras cosas, la ruptura parcial de la unidad ambiental y de la coherencia de la ciudad colonial. Bajo la égida de Guzmán Blanco, a finales del siglo XIX se produjo un esfuerzo constructivo sin precedentes en Caracas. Simultáneamente, el país se abrió a la inversión extranjera y a la inmigración europea, y se consideró a Gran Bretaña y Francia centros dominantes en lo económico y cultural.

Miembro prominente de las logias masónicas de la época (masón en grado 33, como también lo era el ingeniero García), Guzmán había viajado en rol diplomático a Filadelfia, Nueva York, Washington, Londres, Madrid y París. Combatió en la guerra federal como lugarteniente del general Falcón, viajó a Europa como plenipotenciario y conoció en París a Napoleón III y la obra del barón Haussmann. Además, ocupó interinamente la presidencia de la república y llegó al poder en 1870; en él se mantuvo con interrupciones hasta 1888. Los intentos de Guzmán Blanco para transformar el pequeño asentamiento en una ciudad moderna fueron claramente inspirados por nuevas ideas derivadas de la retórica ilustrada de Napoleón III. El caudillo liberal quería manejar las fuerzas transformadoras de la ciudad e introducir una forma novedosa de expresar su función representativa como capital, al tiempo que realizaba pingües beneficios personales derivados de los arreglos financieros y negocios vinculados a la construcción. Nuevos principios filosóficos y políticos, así como procesos sociales, estaban en camino: la creencia en la racionalidad de los criterios científicos, el liberalismo, la educación obligatoria y gratuita, el periodismo, precisas técnicas contables y presupuestarias, la organización de la administración pública, el censo nacional sistemático y las estadísticas públicas, entre otros.

Domesticando el territorio

Los procesos de modernización impulsados por Guzmán Blanco supusieron nuevas maneras de entender el territorio. La inquietud permanente de sus gobiernos fue la definición de los límites con los países vecinos, Colombia y Guayana Británica, lo que ocasionó, en el último caso, la ruptura de relaciones con Inglaterra. La clara demarcación del territorio y la divulgación de una historia común serían las bases para las nociones e imaginarios de nacionalidad, soberanía y ciudadanía, requeridos para la unificación de un territorio desarticulado.

Al interior de los límites nacionales, la estadística y la cartografía jugarían un papel preponderante como formas de racionalización y cálculo de las actividades en el territorio. Las divisiones regionales —con decenas de revoluciones y alzamientos que convertían a cada hacienda en cuartel, a cada hacendado en general y a cada peón en soldado—, la crisis económica y los fenómenos naturales hicieron que el territorio fuera, además de desconocido, percibido como un peligro emergente. Para contrarrestar ese ambiente hostil y domesticar los flujos y movimientos productivos, al tiempo que se privilegiaba el establecimiento de empresas comerciales nacionales y extranjeras asociadas en buena parte al auge de la agricultura del café, era preciso arrojar una mirada racional y utilitarista sobre el espacio natural.

Notable en esta dirección es la imagen preparada en 1877 por el pintor y grabador Ramón Bolet para ilustrar la portada del llamado *Álbum de Caracas y Venezuela* (Imagen 4). Aquí, una solemne figura neoclásica, coronada victoriosamente de laureles y equipada con paleta y pinceles, domina lo que parece ser un paisaje del río Orinoco, surcado por un barco de vapor que se dirige a lo largo de una diagonal de parcelas cultivadas hacia un fondo de montañas cortadas piramidalmente. Entre un inventario de plantas tropicales, concesión al romanticismo y al deseo exótico y pintoresco, el personaje principal tiene a sus pies varios objetos que muestran un paisaje domesticado flanqueando una escalinata ascendente: una cornucopia rebosante de frutos, pinturas paisajistas enmarcadas, un rollo de papel y un jarrón sobre un pedestal. En el reino

del cálculo y la abstracción, cuya condición extrema sería la metrópoli, la moraleja era evidente: el paisaje debía ponerse en producción y la naturaleza, vista como oportunidad, se convertiría en “tierra civilizada”. Para lograr esos fines, debía desarrollarse primero una agenda de ordenamiento territorial, y luego una de diseño urbano.

Imagen 4. Álbum de Caracas y Venezuela



Fuente: Portada del *Album de Caracas y de Venezuela*, por Ramón Bolet (1877). Archivo de la Biblioteca Nacional.

El punto fundamental de esa agenda era materializar, a gran escala, el viejo deseo de mejorar la comunicación de Caracas con el resto del país, cuyos precedentes en décadas anteriores lo constituyeron las carreteras a La Guaira (1845) y a Los Teques (1858). De esta manera se construyó, bajo la égida del caudillo modernizador, la carretera a Charallave (1872), que al año siguiente se prolongó a varias poblaciones del centro del país (Ocumare, Cúa y San Casimiro), y la carretera del

este (1875), hasta Guatire, un pequeño centro a unos 50 kilómetros de Caracas. También se sumó a la red de carreteras una serie de tramos de ferrocarril concesionados a firmas alemanas, inglesas y locales: el de La Guaira (1883), que venció una serie de limitaciones técnicas derivadas del desnivel existente entre la ciudad y su puerto; los de El Valle y Antímano (1883); el Ferrocarril Central de Venezuela, que llegó primero al pueblo de Petare (1886) y luego a Santa Lucía; y el tren de Los Teques (1891), prolongado años más tarde hasta Valencia. Algunas mejoras en la navegación y la infraestructura portuaria permitían el cabotaje y la interconexión del extenso frente costero de la nación. La red de telégrafo, emprendida en 1856 y destruida por la guerra federal (1858-1863), se nacionalizó en 1875 y se extendió por toda la geografía nacional, hasta llegar a Colombia en 1882. En 1888 se instalaron los cables submarinos que agilitaron la comunicación del país con el exterior e impulsaron su reinserción en el circuito económico mundial.

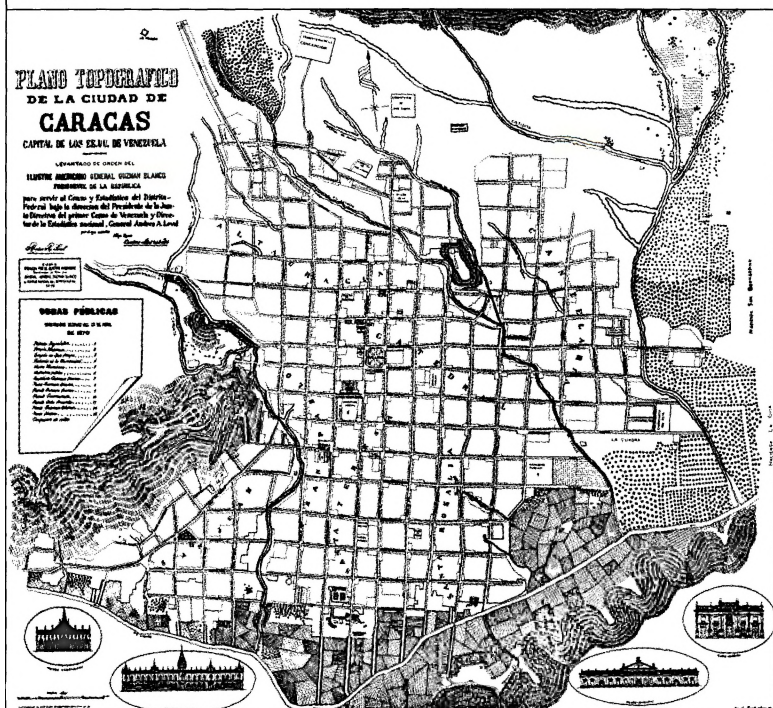
Con la pacificación del territorio y la implantación de una nueva accesibilidad se ocuparon muchos espacios periféricos, los cuales fueron convertidos en lugares para el ocio y la distracción. Baños de mar, de río y termales, parques y plazas se diseñaron como lugares distinguidos para la burguesía emergente. Guzmán Blanco edificó incluso, en Antímano —un asentamiento a unos nueve kilómetros del centro urbano—, una villa suburbana que disponía de personal francés contratado exclusivamente para ofrecer actividades recreativas y culturales.

El mundo del consumo, con su deseo de entretenimiento, contrastaba con el mundo del trabajo agrícola, la pobreza y las precarias condiciones sanitarias que vivía la mayor parte de la población venezolana. Vestidos de seda, flores, perfumes, espejos y muchos otros artículos franceses se exhibían en las tiendas de moda de la ciudad: Paris Fashions, Pharmacie Française, Cable Français, Boulangerie and Pâtisserie, Salon du Monde Fashionable, Au Printemps, Librería Francesa y Compañía Francesa. Modas y tocados se imponían desde París a través de revistas traducidas en España, como el *Semanario Familiar Píntoresco* (Nazoa, 1967).

Hacia el siglo XIX, las capacidades ampliadas para la intervención del territorio contaban con técnicas de representación mejoradas. Ca-

racas, ajena todavía a la noción del plan urbano, fue representada mediante diversos planos topográficos que brindaban una información más precisa sobre el relieve y colocaban estratos de toponimia sobre el territorio. De especial interés es el llamado Plano Topográfico de 1875, cuya confección fue ordenada por Guzmán Blanco (Imagen 5). Destaca en ese plano la referencia explícita a los monumentos construidos por el régimen, lugares cívicos de belleza y orden que aparecen como parábolas de un buen gobierno; en la trama urbana ya no figuran con igual intensidad las iglesias, sino los nuevos monumentos civiles y las haciendas de la periferia.

Imagen 5. Plano Topográfico de 1875



Fuente: De Sola Ricardo (1967).

Las edificaciones de una república secular

El nuevo orden social era secular, supuestamente basado en la ciencia, en claro contraste con el orden colonial, centrado en la teología⁸. Sin embargo, el culto religioso no fue eliminado del todo, sino reemplazado al introducir el culto al héroe. Varios autores han argumentado que el culto a Bolívar y otros próceres de la independencia tiene las características de una nueva teología, como lúcidamente han observado Germán Carrera Damas (1969) y Luis Castro Leiva (1987). Un claro ejemplo lo brinda Guzmán Blanco, al proclamar en 1883, durante las actividades conmemorativas del centenario del nacimiento de Bolívar, que

el Libertador verá en su Centenario que hemos aprendido y estamos practicando la República que él nos legó; él verá que hemos crecido en todas las manifestaciones de la civilización; él verá que tenemos las virtudes del patriotismo y de la honradez, y que, sin embargo de los propios medios con que contamos todavía, llevamos la Patria próspera y rápidamente a sus grandes destinos (citado en Esteva Grillet, 1986: 1).

Con una retórica patrimonial y nacionalista, y para alcanzar la prosperidad y “civilizar” a Caracas, el gobierno introdujo una agenda moderna europea (con patrones básicamente franceses e ingleses): orden y progreso. Dos ideas liberales eran el *leitmotiv* cuando la educación, la infraestructura y el transporte fueron declarados prioridades nacionales. Las obras públicas se volvieron tareas esenciales del gobierno y testimonios materiales de sus programas de fomento. Tras la creación, en 1874, del Ministerio de Obras Públicas y sus direcciones de Edificios y Ornato de Poblaciones y de Vías de Comunicación y Acueductos, el Estado se transformó en el proveedor o promotor por excelencia de un extenso inventario de infraestructura (camino, puentes, telégrafos,

8 En Caracas, la tensión entre el Estado y la Iglesia se acrecentó cuando el arzobispo Silvestre Guevara y Lira fue expulsado del país (1870). Se decretó entonces la extinción de los seminarios (1872) y de los conventos de monjas (1874), se debatió la creación de una Iglesia venezolana independiente de la Curia Romana (1876) y se procedió a la sistemática demolición y reciclaje de múltiples edificios religiosos.

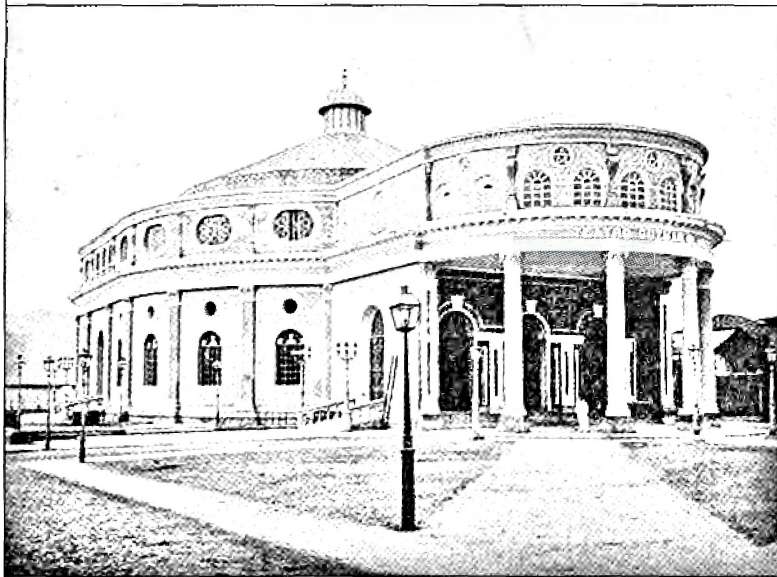
teléfonos, acueductos, iluminación a gas, electricidad y vías férreas y de tranvía), de edificaciones religiosas católicas y de nuevos cultos (panteones, templos masónicos, iglesias y cementerios), de monumentos cívicos (estatuas y mausoleos), de edificaciones militares y defensivas (cuarteles y cárceles), de edificaciones gubernamentales (casa presidencial, palacios de gobernación, concejos municipales, correos y archivos generales), de instalaciones educativas y culturales (escuelas públicas, universidades, bibliotecas, exposiciones y museos), de instalaciones sanitarias (hospitales especializados), de centros de aprovisionamiento (mercados y mataderos) y de lugares para la recreación (bulevares, parques, baños termales y de mar, hoteles, teatros de ópera, clubes e hipódromos). Por efecto de esa campaña edilicia del sector público, en el antiguo tablero y en sus inmediaciones se articularon nuevas funciones, tipos edilicios, sistemas de transporte, grupos sociales, propiedades inmobiliarias y lugares de representación pública.

El estrato secular, que incluía el culto a los héroes civiles, se colocó sobre la ciudad tradicional ya que el positivismo se superpuso al pensamiento escolástico. Por supuesto, la secularización y el anticlericalismo llevaron a la demolición de numerosos edificios religiosos, en particular de conventos y monasterios, y a la creación de nuevos monumentos consagrados a los héroes e instituciones civiles. Iglesias y seminarios se convirtieron en museos, universidades y monumentos cívicos: la vieja iglesia de La Santísima Trinidad se convirtió en el Panteón Nacional; se demolió la iglesia de San Pablo y apareció en su lugar el teatro Guzmán Blanco, hoy teatro Municipal (Fotografía 1); la iglesia de San Mauricio devino en una Santa Capilla bastante menor que su homónima parisina; el convento de San Francisco fue ocupado por la universidad; el convento de la Concepción fue reemplazado por el Capitolio. Incluso apareció un templo masónico al norte de la ciudad, patrocinado por Guzmán Blanco y diseñado, como la mayor parte de las obras anteriores, por Juan Hurtado Manrique, el arquitecto del régimen.

La arquitectura, basada en los patrones del eclecticismo europeo, era entendida como un instrumento idóneo para impulsar y demostrar la modernización del país. La aceptación e importación masiva de

cambios en los estilos artísticos permitía enfatizar el distanciamiento del gusto español, difundir el repertorio y ornamento inglés y francés como vestuario de las obras públicas y privadas, y producir un nuevo escenario urbano para la burguesía emergente.

Fotografía 1. Teatro Guzmán Blanco



Fuente: Teatro Guzmán Blanco, hoy Teatro Municipal, circa 1880, de autor anónimo. Fundación John Boulton.

El nuevo espacio ciudadano

Como ocurrió en otros lugares, Caracas fue sujeto de una tendencia decimonónica consistente en “recomponer ciertas zonas de la ciudad en arreglos escénicos para el ocio y el juego” (Boyer, 1996: 34). Así, se diseñaba el espacio urbano como vista, creando una mirada panorámica de la ciudad y desde la ciudad, y se destacaban sitios de conmemora-

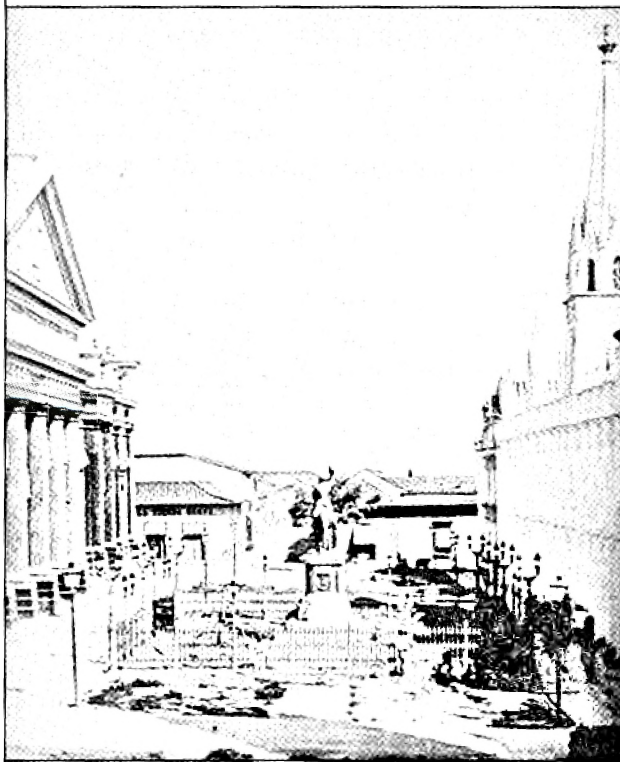
ción y monumentos separados de la trama. La nueva escala introducida por Guzmán Blanco modificó el sistema dimensional capitalino. Las nuevas “fichas” establecían un perfil urbano con hitos (cúpulas, torres de observación y pináculos) que se levantaban sobre el homogéneo y anónimo nivel de edificaciones con techos de teja de la ciudad tradicional. Asimismo, aparecían edificaciones “funcionales” extramuros, como estaciones de ferrocarril, mataderos y plantas de agua, las cuales monumentalizaban la periferia.

La continuidad del espacio urbano y la relación figura-fondo entre el espacio abierto y el espacio construido también fueron alteradas. Por ejemplo, el edificio del Congreso, llamado Palacio Federal, y a cuyos planos ya se ha hecho referencia, se concibió como una estructura casi libre, retirada del alineamiento tradicional, circundada por bulevares; su patio interior se abre a dos flancos y permite ver desde una calle a la otra. Este efecto anticipa los ideales de transparencia de la arquitectura moderna del siglo XX.

No obstante, y a pesar de la tendencia de Guzmán Blanco hacia la haussmannización de Caracas, la cuadrícula y otros elementos tradicionales, como la construcción de baja altura, las calles estrechas y el orden concéntrico, permanecieron como patrones básicos de la ciudad. Lo más parecido a una avenida del Segundo Imperio fue el paseo Guzmán, un espacio abierto entre el Palacio Federal, de estilo neoclásico, y la universidad neogótica, con la estatua ecuestre de Guzmán Blanco en el centro (Fotografía 2).

La plaza central de Caracas no quedó, como es de esperar, al margen de los nuevos juegos de secularización y celebración de los héroes de la nacionalidad y sus victorias; en consecuencia, fue rebautizada como plaza Bolívar. La estatua del Libertador, hecha en Múnich e inaugurada en 1874, se localizó en el centro del espacio como foco de una caminería diagonal (similar a la de las *places royales* parisinas) diseñada por Roudier, un arquitecto francés. Además de la función conmemorativa, la plaza fue recreada como un lugar distinguido y un parque, en lugar de mantener el papel tradicional como mercado y ágora. La apariencia diferente del espacio es probablemente una expresión de la idea mo-

Fotografía 2. Paseo Guzmán

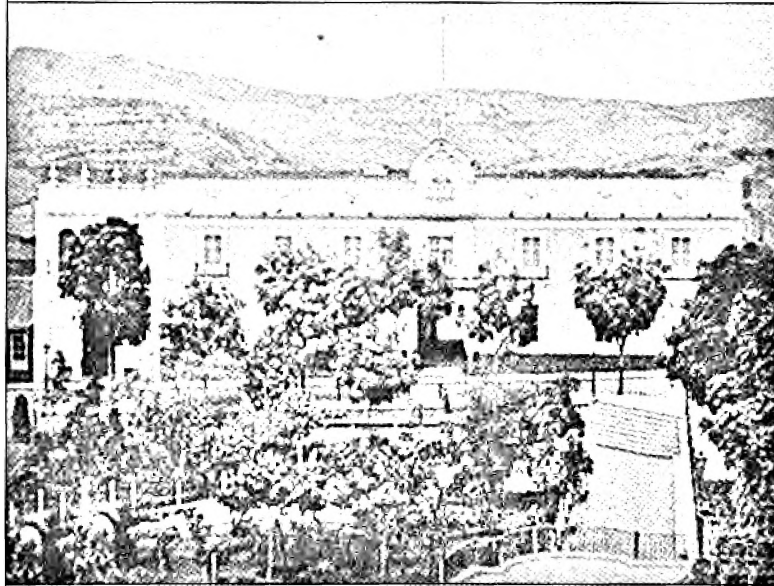


Fuente: *Memorias del Ministerio de Obras Públicas*, 1876. Fundación John Boulton.

derna europea de la recreación urbana, o de la noción de ocio, *flânerie* y descanso de las clases sociales urbanas emergentes, apegadas a los nuevos manuales de cortesía y buenos modales. El viejo mercado se trasladó a la cercana plaza de San Jacinto, y las arcadas construidas por el gobernador Ricardos fueron demolidas. En las cuatro esquinas de la plaza se instalaron fuentes alegóricas a las estaciones, fenómenos climáticos inexistentes en el país. La iluminación a gas y los bancos, donados por algunas personalidades relevantes, completaron el mobiliario de la plaza.

Además, el entorno del espacio fue reformado de acuerdo con los patrones del eclecticismo del momento y el decoro, que debía prevalecer tanto en la construcción de edificaciones como en la conducta en público y que fue el objeto de legislaciones de urbanismo y urbanidad. Se construyó entonces una residencia presidencial (Casa Amarilla) al oeste de la plaza, frente a la catedral, que resaltó la competencia entre el poder civil y el religioso (Fotografía 3). El lado norte se consagró gradualmente a edificios públicos con gran influencia europea, y en el lado sur el convento de Santa Rosa de Lima fue remodelado con estilo neoclásico, para albergar el Palacio Arzobispal y el de la gobernación.

Fotografía 3. Casa Amarilla



Fuente: *Memorias del Ministerio de Obras Públicas*, 1876. Fundación John Boulton.

Interludio: Abandono del tablero en la *Belle Époque*

Los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX representaron la continuación amortiguada de las propuestas de Guzmán Blanco. Los regímenes de Juan P. Rojas Paúl (1888-1890), Raimundo Andueza Palacios (1890-1892), Joaquín Crespo (1892-1898) e Ignacio Andrade (1898-1899) alternaron propuestas civilistas y militaristas y rupturas y reencuentros con el guzmancismo, mientras presenciaban la consolidación de la burguesía mercantil local y el auge y la caída de los ingresos fiscales. A esto se sumó el incremento de la presión foránea para el pago de la deuda pública externa, lo que redujo sustancialmente la cantidad de recursos destinados a las obras públicas; por ello, el *fin-de-siècle* no trajo grandes cambios en la ciudad.

La llegada de nuevos actores al poder (Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez) no supuso cambios sustanciales en la agenda de desarrollo. Durante el gobierno de Castro (1899-1908), quien arribó al poder empleando la consigna "Nuevos hombres, nuevos ideales, nuevos procedimientos", fueron pocos los cambios en materia de urbanismo y obras públicas en Caracas: quizá el inicio de la construcción del edificio de la Academia Militar y la culminación de los del Ministerio de Hacienda y el teatro Nacional fueron los más relevantes.

Durante 1902, Venezuela soportó un bloqueo impuesto inicialmente por Alemania e Inglaterra, al cual se sumarían luego Italia, Francia, Holanda, Bélgica, España y México, que incluía la ocupación de los puertos y terminó con la mediación de Estados Unidos. No obstante, esto no concluyó las tensiones internacionales: en 1908 se rompieron relaciones con este último país, lo que precipitó el final del régimen de Castro y dio inicio al de Gómez, su compadre y anterior lugarteniente, quien gobernaría al país durante 27 años (1908-1935), combinando elementos del liberalismo y del positivismo social, como el caudillismo de las milicias campesinas, evidentes en la producción de intelectuales como Pedro Manuel Arcaya, José Gil Fortoul, Laureano Vallenilla Lanz y César Zumeta.

Con Gómez, la derrota de los últimos caudillos regionales operaría nuevamente en favor de la concentración del poder en el centro del país y de la búsqueda de interconexión del territorio mediante la construcción de carreteras y una red más completa de sistemas de comunicación. En 1910 se crearon comisiones científicas y exploradoras del occidente, oriente y centro del país, para el estudio de vías de comunicación y provisión de agua potable de los centros urbanos a su paso. Un decreto del mismo año ordenaba la construcción, en cada estado, de una carretera central, a la cual se destinaría la mitad de los presupuestos de obras públicas del país: "Pasando por las ciudades y sitios convenientes, constituyan las vías principales de cada entidad federal, para el movimiento de exportación de los frutos y de importaciones comerciales" (Fundación Polar, 1988: 319). El mismo año inició la construcción de las carreteras del este de Caracas, así como las de Caracas a Tuy, a La Guaira y a Barlovento, y las carreteras del Táchira y la de Maracay a Ocumare de la Costa. En 1919, la Gran Carretera Occidental (de Caracas al Táchira, estado natal de Gómez) establecería el eje principal del primer sistema nacional de vías de comunicación.

Con la construcción de vías se realizaron obras de infraestructura y comunicación, como la red de acueductos y cloacas y la telegrafía inalámbrica, y se introdujo el debate urbanístico higienista en el país con la creación de la Oficina Nacional de Sanidad y el Departamento de Ingeniería Sanitaria (Almandoz, 2000). La capital extendía así su área de influencia hacia un marco regional más amplio. La ocupación del espacio litoral con fines recreativos, iniciada con Guzmán Blanco, tuvo en el sector de Macuto, ahora conectado por medio de tranvías al ferrocarril de La Guaira, el principal centro recreacional de los caraqueños⁹. En Macuto se presentó la oportunidad de importar *cottages* prefabricados de los Estados Unidos, como modelos antisísmicos popularizados

9 Macuto fue la primera urbanización planificada del país, producto del esfuerzo combinado del sector público y privado. Fue creada por un decreto ejecutivo de Guzmán Blanco de marzo de 1884, según el cual el propietario de los terrenos, Antonio Delfino, cedía al gobierno el espacio para dos plazas y el trazado de calles y avenidas. El gobierno debía planificar y habilitar el balneario y brindar los servicios públicos a los nuevos propietarios, quienes lo comprarían a Delfino, sometiéndose a las exigencias del plano regulador.

después del terremoto de 1900. La revista *El Cojo Ilustrado*, pieza fundamental de la divulgación de patrones culturales del momento, decía en relación con la introducción de estos modelos de la arquitectura norteamericana:

Ha tocado a los americanos del Norte introducir en Venezuela la “casa de armazón”. La primera, erigida en el sitio de la Guzmanía pertenece al General Andrade, Presidente de la República, ha sido armada por el señor Duke. Tiene 15 piezas y la armazón es de la mejor clase de *pitchpine*. El techo es de planchas de madera, papel embreado y tejamanil (reportaje en *El Cojo Ilustrado*, 1899: 285).

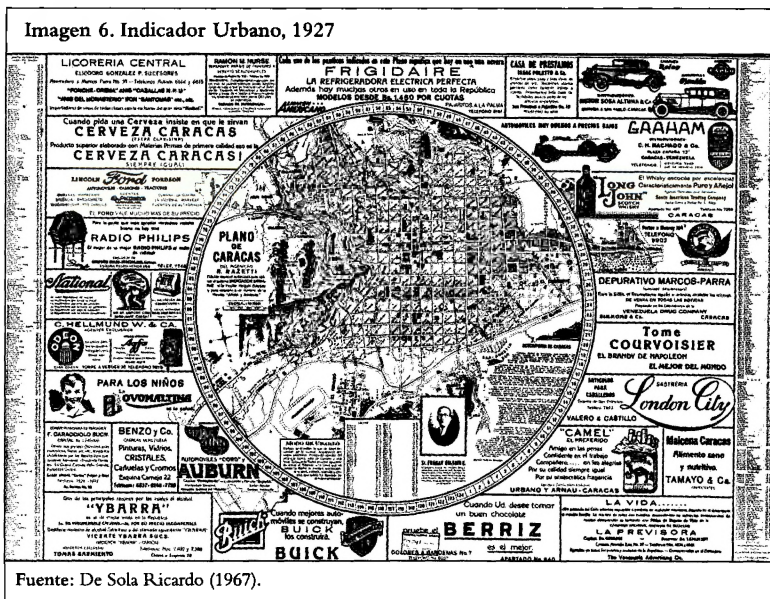
En Macuto, pocos años después, el propio presidente Gómez se convirtió en el propietario del hotel Miramar, el mayor y más lujoso del momento.

Los inicios de la exportación petrolera permitieron una inserción plena de la ciudad al mundo global de las mercancías. Como ejemplo, en el plano de 1927, denominado Indicador Urbano, la ciudad, o lo que más interesa de ella, se encierra en un círculo rodeado por una serie de textos que informan sobre eventos tales como la visita de Charles Lindbergh, ocurrida ese año (Imagen 6). Un párrafo a la derecha del plano reza así: “La vida venezolana se halla todavía tan poco contaminada por las empresas industriales y comerciales extranjeras [...]. El cosmopolitismo es muy poco”. Sin embargo, los productos anunciados en el indicador eran primordialmente automóviles, licores, cigarrillos, cajas registradoras, aparatos de radio y otros enseres, todos de procedencia foránea, norteamericana en su mayoría, lo cual pone en relieve la influencia que ese país ejercía en la política, el comercio y los tableros urbanos. En contraste con el supuesto aislamiento de la ciudad, una de las informaciones más precisas del plano brinda un *survey* detallado de las neveras Frigidaire, que ya se usaban en la ciudad.

Sin embargo, y a diferencia de lo ocurrido en el gobierno de Guzmán Blanco y sus inmediatos sucesores, el esfuerzo gubernamental en el urbanismo caraqueño disminuyó notoriamente desde 1925, cuando

Gómez decidió no regresar a Caracas por considerarla un peligro para el régimen, en beneficio de Maracay, un centro poblado, a unos 100 kilómetros de Caracas, que funcionó como ciudad satélite —una suerte de Versailles tropical— durante varios años. El casi “alérgico” rechazo de Gómez por Caracas se acrecentó con las acciones de protesta de 1928, llevadas a cabo por un grupo de miembros de la pequeña burguesía urbana, quienes, a decir del historiador Manuel Caballero: “Son todos de lo más urbano, como rural hasta la caricatura es el grupo dominante gomecista. Son estudiantes, es decir, son letrados, son intelectuales, casi la contrafigura de la palurda condición del hegemon y sus secuaces” (1994: 290).

Imagen 6. Indicador Urbano, 1927



Fuente: De Sola Ricardo (1967).

Como resultado del establecimiento del poder político en Maracay, este centro urbano, denominado luego Ciudad Jardín, recibió una importante inyección de capital y obras públicas, tales como edificios de gobierno, cuarteles militares, hoteles, infraestructura y espacios abiertos.

De hecho, el principal espacio público creado en Venezuela durante las primeras décadas del siglo XX no se encuentra en Caracas, es la plaza Bolívar de Maracay. Aquí también se asentó la sede del Banco Obrero, la primera agencia pública de vivienda en América Latina; fue creado en junio de 1928, con la finalidad de producir viviendas económicas e higiénicas para obreros, y generó algunos sectores populares de expansión urbana, como San Agustín, en Caracas —donde se adjudicaron por primera vez en el país 200 viviendas en arrendamiento con opción a compra (*leasing*)—, y la urbanización Primera, en Maracay¹⁰.

Fotografía 4. Caracas y Alrededores, 1934



Fuente: Vista aérea de Caracas tomada desde un avión a cuatro mil metros de altura, por Eduardo Röhl, en marzo de 1936. Fundación John Boulton.

A pesar de ocupar un lugar secundario durante el régimen de Gómez, Caracas continuó su proceso de crecimiento por iniciativa del sector privado. La llegada del tranvía había estimulado, desde finales del siglo

10 La sede del Banco Obrero se mudó a Caracas en 1936. En sus primeros 17 años produjo 2 465 viviendas (un promedio menor a 150 unidades por año). La producción masiva inició luego, desde la década de los 40: entre 1945 y 1958 se completaron 39 636 viviendas, un promedio superior a tres mil viviendas anuales. Véase INAVI (1988).

XIX, la expansión de la ciudad hacia el sur y la creación del primer suburbio de viviendas aisladas: El Paraíso. Esta urbanización, denominada Ciudad Nueva, fue desarrollada por los propietarios de la empresa de tranvías a lo largo de un eje principal de comunicación que es la actual avenida Páez. Con el traslado hacia El Paraíso de las familias de mayores recursos, se inició un proceso de abandono del centro de la ciudad que aumentaría con la difusión del automóvil y la creación de nuevas urbanizaciones de clases medias y altas, al este de la ciudad, por parte de promotores inmobiliarios como Eugenio Mendoza Cobeña, Luis Roche y Juan Bernardo Arismendi. De especial significación para este proceso migratorio fue el desarrollo del Country Club, urbanización compuesta bajo los parámetros del suburbio norteamericano, en torno a campos de golf y diseñada por arquitectos de aquel país: Clifford Wendehack diseñó la Casa Club, mientras que la oficina de Frederick Law Olmsted se encargó del paisajismo.

El plano Caracas y Alrededores, preparado por Eduardo Röhl en 1934, recoge con precisión los accidentes topográficos y las amplias zonas de expansión de la ciudad, dispersas en un marco territorial amplio y observables desde un avión (Fotografía 4). Caracas y Alrededores fue el inicio del esfuerzo cartográfico de finales de esa década, basado en restitutiones fotogramétricas.

El regreso del poder político a Caracas y la formulación de planes urbanos

Con la muerte de Gómez, el 17 de diciembre de 1935, el poder político regresó a Caracas y se reanudó el proceso tanto de centralización como de concentración de actividades en la capital. Sin la actitud restrictiva de Gómez, la primacía de Caracas no volvería a ser cuestionada; además, el poder político que retornaba no era el de un Estado agrario sino el de un Estado urbano moderno. El poder sería ejercido en y desde la gran ciudad. Todo esto significaba que la capital se apropiaría de la mayor parte de la nueva riqueza del país y que incrementaría su dominio

tradicional sobre el resto de la nación en cuanto a población, autoridad política, fuerza económica y cultura.

Por su parte, la capital recibiría el influjo de cambios fundamentales de la modernidad venezolana: el tránsito de un país pobre a uno de situación económica más desahogada, relativamente rico; de una economía agraria a una petrolera e industrial; de una sociedad rural a una urbana; de un bajo a un alto crecimiento demográfico; de una comunidad provinciana y homogénea, con pocos extranjeros, a una cosmopolita y heterogénea; de un régimen autoritario a uno democrático; de una cultura de élites a una de masas y de una moral tradicional a una ética instrumental (González Casas, 1996a).

La demografía de la capital, en continuo crecimiento después de la independencia, muestra la importancia que adquieren la ciudad y, luego, el Área Metropolitana de Caracas (AMC) en relación con el total del país (Tabla 1). Durante la década de 1930, Caracas había recobrado su peso porcentual previo a la guerra de independencia, superior al 5% del total nacional. Mientras tanto, el país se hacía urbano y concentraba a la población y a las migraciones internas y foráneas en grandes ciudades, privilegiando lo que sería luego el AMC, que albergaría, hacia la década de 1960, a uno de cada cinco venezolanos.

El incremento demográfico vino acompañado de nuevas formas de ocupación del espacio. El deseo de dominio territorial planteó el uso de herramientas de conocimiento e intervención del medio ambiente, las cuales reflejaban la continuación del discurso positivista que conducía la civilización a la barbarie, tanto en el campo del urbanismo como en el de la ficción y el imaginario cultural. No en balde, la pieza clave de la literatura venezolana de la primera mitad del siglo XX es la novela *Doña Bárbara* (1929), del líder socialdemócrata, pedagogo y escritor Rómulo Gallegos, quien fuera presidente de la república en el año 1948. En ella, el caballero ciudadano se enfrenta, y vence, a las fuerzas telúricas y arcaizantes de la naturaleza salvaje, encarnada en una mujer: la Bárbara. Pero, fuera del mundo literario, las propuestas de intervención del territorio fueron articuladas mediante planes urbanos y regionales. La planificación, como ocurriera con el instrumental técnico y cultural

Tabla 1
Población de Caracas y Venezuela

Año	Población de Venezuela	Población de Caracas	Población del Área Metropolitana	Caracas como % de Venezuela	Área Metropolitana como % de Venezuela
1812	c. 1 000 000	c. 50 000	-	5,0	-
1851	1 429 498	34 165	-	2,4	-
1873	1 784 194	48 897	-	2,7	-
1881	2 075 245	55 638	-	2,7	-
1891	2 323 527	72 429	-	3,1	-
1920	2 411 952	92 212	-	3,8	-
1926	3 026 878	135 253	-	4,4	-
1936	3 364 347	263 358	-	7,8	-
1941	3 850 771	359 225	-	9,3	-
1950	5 034 838	495 064	790 456	9,8	-
1961	7 523 999	1 116 245	1 501 289	14,8	-

Fuente: Elaboración del autor a partir de diversos censos nacionales.

de anteriores estratos de la modernidad, fue importada. A causa de la carencia local de experticia en planificación y diseño urbano, varios profesionales extranjeros fueron contratados con la finalidad de preparar tanto programas económicos y de obras públicas como planes urbanísticos para la capital y otras ciudades importantes.

La implantación de la planificación, en tanto idea y metodología, se materializó en varias experiencias fundamentales para la capital y el país, el Programa de Febrero, el Plan Trienal y una serie de planes para Caracas, desde finales de la década de los treinta hasta la de los cincuenta. El Programa de Febrero fue la reacción del gobierno a la primera irrupción de las masas urbanas que protestaron en el espacio público, la cual tuvo lugar en febrero de 1936, apenas dos meses después de la muerte de Gómez.

Presentado por el presidente encargado Eleazar López Contreras como respuesta a las recientes demandas de la población y como una

manera metódica y racional de organizar las actividades gubernamentales, el Programa de Febrero fue “el primer programa de gobierno social y económico en la historia venezolana” (Hellinger, 1991: 52); pero también fue el primer discurso político nacional difundido a través de la radio, lo cual brinda una idea del peso creciente de los nuevos medios de comunicación para llegar a las multitudes. El programa, cuya meta última era “sembrar el petróleo”, como declaró el intelectual Arturo Uslar Pietri, portavoz del régimen, contenía una serie de iniciativas en los siguientes campos: educación, inmigración, modernización de las fuerzas armadas, vías de comunicación y obras públicas, agricultura y reformas políticas (López Contreras, 1988).

El mismo López Contreras presentó el Plan Trienal para el período 1938-1941 en mayo de 1938, ante el Congreso. El plan pretendía, como instrumento técnico, cumplir los objetivos gubernamentales básicos de “sanear, educar y poblar”. Este plan, que seguía el esquema establecido por el Programa de Febrero, ha sido considerado el primer programa de planificación por objetivos, una forma de articular la toma de decisiones que contrasta con las formas autocráticas de gobiernos anteriores (Guzmán Pérez, 1983). El Plan Trienal apuntalaba la noción de la planificación nacional como “un recurso importante y como expresión de la progresiva modernización del Estado” (Tinoco, 1991: 76).

Dentro de este clima favorable a la planificación se dio una serie de pasos de gran relevancia con respecto a la versión urbanística. En mayo de 1936, Elbano Mibelli, gobernador del Distrito Federal, nombró una Comisión de Tráfico Urbano, integrada por los arquitectos, ingenieros y promotores inmobiliarios M. Mujica Millán, O. A. Machado, R. Domínguez y L. Roche. Esta comisión presentó una propuesta de transporte público que incorporaría, entre otras cosas, un tranvía subterráneo que atravesaría el centro de la ciudad (Imagen 7). Al mismo tiempo, un equipo del Colegio de Ingenieros y del Ministerio de Obras Públicas presentó, por intermedio del conocido ingeniero Luis Eduardo Chataing, un plan esquemático de Caracas que incluía un estudio de usos del suelo y densidades, una nueva red vial, áreas y espacios de reserva y una propuesta preliminar de zonificación. Si bien ninguna de las an-

Imagen 7. Propuesta para la estación en la plaza Bolívar de un tranvía subterráneo, por el arquitecto Manuel Mujica Millán, 1936



Fuente: Gasparini y Posani (1969).

teriores propuestas fue adoptada por los entes gubernamentales, resultaron ejercicios útiles para establecer un debate en torno al tema de la expansión y el transporte urbanos.

De mayor incidencia fue la creación de la Comisión Municipal de Urbanismo en 1937, cuya finalidad era regular el desarrollo urbano y buscar soluciones lógicas a los problemas fundamentales de la ciudad (Villanueva, 1966). Poco después, en abril de 1938, el gobierno del Distrito Federal creó una Dirección de Urbanismo, la primera oficina de planificación urbana del país. Su objetivo era producir, con la ayuda de un equipo de asesores extranjeros y la supervisión de la Comisión de Urbanismo, el plan maestro de la ciudad, una iniciativa de planificación general inédita en el país, al menos desde el período colonial¹¹.

11 Existe otra iniciativa que puede ser considerada como esfuerzo pionero en la planificación urbana en Venezuela: el Plan de Ciudad Ojeda, preparado en 1937. Ciudad Ojeda fue creada a través de un decreto presidencial del 19 de enero de 1937. Fue concebida como nueva ciudad en la costa oriental del lago de Maracaibo, reemplazando a la vieja ciudad de Lagunillas, la cual había sufrido un enorme incendio. Para el historiador Eduardo Arcila Farías, el urbanismo moderno venezolano comienza “con la construc-

El Plan Monumental: La ruptura del tablero y la nueva centralidad

El urbanismo francés de corte tecnocosmopolitano (Rabinow, 1989) y monumental jugaría una partida crucial en la Caracas de finales de los treinta por intermedio de la firma de planificación Prost, Lambert, Rotival y Wegenstein, pero principalmente a través del ingeniero Maurice Rotival (1892-1980), quien llegó a ser el asesor extranjero más importante en los programas de renovación de la ciudad de mediados de siglo¹². Rotival, contratado por el gobernador Elbano Mibelli, llegó a Caracas en 1937. Después de varios meses durante los cuales los asesores franceses tuvieron la colaboración de profesionales venezolanos, el llamado Plan Monumental fue presentado al Concejo Municipal en 1939, y aprobado en 1940 en cuanto a lo que correspondía al sistema vial (Imagen 8).

La visión aérea de Rotival, él mismo un aviador, reforzada por la realización en 1936 de la primera serie de fotografías aéreas de la ciudad, contenía los elementos de estrategia geopolítica aplicada a la planificación —característicos de este autor— y reconocía la localización ventajosa del país y su rápida conversión, mediante el ingreso petrolero, en uno de los más ricos de Latinoamérica. En su propuesta estaba plasmada una búsqueda de inteligibilidad y sentido de totalidad del desarrollo urbano, que venían desvaneciéndose con el súbito crecimiento demográfico y económico.

ción de Ciudad Ojeda, la primera ciudad que bajo la Venezuela republicana se construye por disposición oficial sujetándola a un plan preconcebido, con todos los requerimientos de una urbe moderna, incluyendo el del gas para uso doméstico, que la convirtió en la primera ciudad que en Venezuela estableció el uso de este derivado del hidrocarburo” (Arcila Farías, 1974: 267).

- 12 Maurice Émile Henri Rotival, considerado uno de los fundadores de la profesión de la planificación urbana, egresó de la École Central de París y fue profesor fundador de la disciplina en la School of Fine Arts de la Universidad de Yale. Además de su experiencia urbanística en Caracas, dirigió y participó en la planificación de New Haven y New Britain, en Connecticut; Winter Park, en Florida; Reims y París; Argel; Bagdad; Madagascar; Guyana y Marruecos. El otro miembro activo de la firma en Venezuela fue Jacques Lambert, con experiencia previa en Chile y México, y distinguido dibujante. Prost, el maestro de Beaux-Arts, quien había contribuido con el proceso de exportación de la disciplina urbanística francesa a África y Asia, no participó activamente en el proceso de planificación urbana de Caracas.

Imagen 8. Portada del Plan Monumental



Fuente: Gobierno del Distrito Federal (1939).

El Plan Monumental venía acompañado por un conjunto de planos y diagramas que representaban todas las escalas posibles de la planificación territorial y urbana: iniciaba con la ciudad de Caracas en el globo terráqueo, lo cual significó un reconocimiento precoz de la globalidad del territorio y de la aparición de ciudades-región, y terminaba con una perspectiva de proyecto para un mercado. El esquema de ciudad era claro, con un centro principal como elemento prevalente de la imagen urbana y que se conectaba simbólicamente con el interior y el exterior del país a través de grandes vías.

El plan describía, en términos grandilocuentes, la imagen buscada: “La gran Ciudad, con sus bellos bulevares, parques, teatros, jardines, clubs, etc. Las afueras, con sus hermosas ciudades-jardín y sus clubs deportivos unidos a la urbe por medio de cómodas y hermosas arterias de rápida circulación” (Gobierno del Distrito Federal, 1939: 23). El tema del espacio abierto y una estética asociada a los sistemas de movimiento eran característicos de un esquema territorial que contemplaba una clara distinción entre centro y periferia. Se contraponía esta urbe hermosa y extendida al rostro de una ciudad existente que no parecía, sin embargo, tan irregular y desagradable como se hubiese requerido en una operación típicamente haussmanniana. En tal sentido, el gobernador Mibelli aseveraba:

Dejar la ciudad en su estado actual es equivalente a abandonarla a su propia decadencia [...]. Aunque la ciudad ha conservado hasta estos últimos años la fisonomía que tanto nos agrada, [...] se tornará en una ciudad antigua e insalubre donde no podrán vivir sino elementos infelices de la población a menos que se reconstruya, modificando su trazado y dándole un aspecto cónsono con las exigencias modernas (Gobierno del Distrito Federal, 1939: 14-15).

Como ocurría en otras ciudades, se suponía que “la modernización podía ser alcanzada al imponer un orden regular en el tejido urbano, al proveer una buena comunicación entre las diferentes partes de la capital y al mejorar la apariencia urbana” (Çelik, 1993: 158).

Sembrando el petróleo: Obras públicas y arquitectura moderna

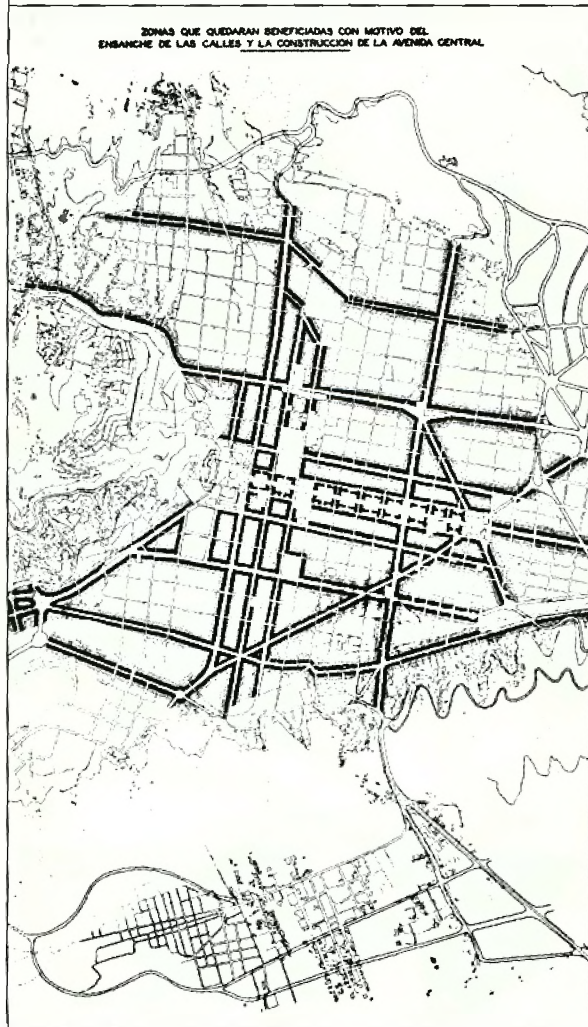
La demanda de una ciudad nueva y moderna se reforzaba apelando a elementos funcionalistas, incluyendo la economía, la higiene, el interés público, el turismo, la iluminación, el transporte y la seguridad; estos estaban enfrentados, teóricamente, a las tendencias ornamentales del urbanismo tradicional. No obstante, la retórica funcionalista y las

imágenes arquitectónicas que acompañaban al plan estaban más cerca a los postulados de Bellas Artes que a las tendencias del Estilo Internacional. Tales tendencias ya habían hecho su debut en Caracas, como lo evidencian una serie de viviendas particulares proyectadas en 1936 por Manuel Mujica Millán, en el entonces suburbio de Campo Alegre, y algunas edificaciones escolares asociadas a la agenda de modernización de la educación, como el liceo Caracas, proyectado por Cipriano Domínguez también en el año 1936, y la escuela Gran Colombia, por Carlos Raúl Villanueva, en 1939. El inmenso programa de obras públicas del Estado petrolero que haría eclosión en las décadas siguientes adoptaría el Estilo Internacional y produciría importantes modificaciones en el núcleo mismo del Plan Monumental, como se verá luego.

Los grandes corredores de la modernidad

En lo que sí mostraba un mayor grado de actualización el Plan Monumental era en la concepción del centro de Caracas como un núcleo multifuncional, desarrollado a lo largo de grandes corredores; de ellos, la avenida Central, luego avenida Bolívar, era el principal. Siguiendo el eje este-oeste del estrecho valle, el eje monumental, inaugurado el 31 de diciembre de 1949, cuestionaba el patrón concéntrico de la ciudad al imponer el *boulevard* francés sobre la cuadrícula y el sistema de plazas que el urbanismo español había institucionalizado en América (Imagen 9). Se debe resaltar aquí que la idea de un gran eje este-oeste estuvo muy presente en la década de 1930; basta citar las propuestas, ambas de 1936, de Ramiro Nava y Luis Roche, dos de los promotores del momento más preocupados por los temas urbanos, que llevaron a la prensa mediante una serie de artículos en *El Universal*. El primero proponía dos grandes avenidas perpendiculares, la Gran Avenida Bolívar y la Urdaneta, de 130 metros de ancho y 15 y 4 kilómetros de largo, respectivamente. Las dos grandes avenidas, que eliminaban casi por completo el tablero original de la ciudad, tendrían en la catedral, muy modificada tras sus tres nuevas fachadas, su lugar de encuentro (Nava, 1971). Entre

Imagen 9. La vieja trama de Caracas y la nueva red vial propuesta por el Plan Monumental de 1939



Fuente: Gobierno del Distrito Federal (1939).

tanto, Roche, menos destructivo, sugería atravesar el centro de la ciudad un poco más al sur, mediante la creación de una avenida de 36 metros de ancho inspirada en los Campos Elíseos, la cual continuaría hacia los suburbios mediante la carretera del Este, inspirada en Broadway (Roche, 1936).

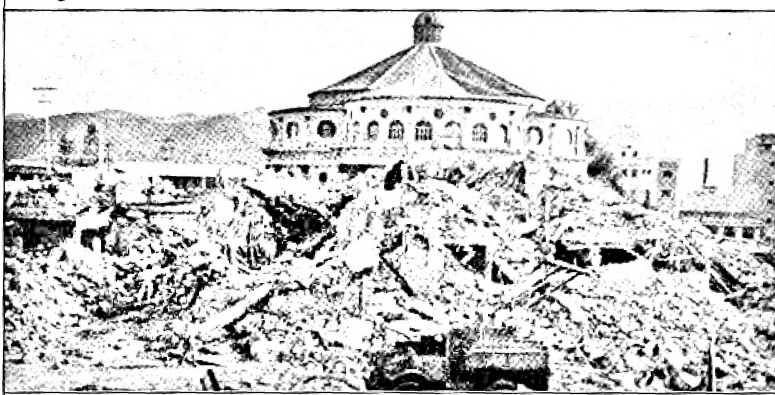
Las grandes avenidas previstas en el plan constituyen el epítome del desarrollo espectacular y de la transformación del espacio público que se produjo en Caracas desde mediados de siglo, e ilustran las fuerzas que generaron una nueva forma territorial, arquitectónica y del espacio urbano mediante un complejo proceso de negociación en el cual estuvieron envueltos urbanistas, ingenieros viales, arquitectos, promotores privados y agentes gubernamentales. Este proceso tuvo como resultado la apertura, en el marco de una metrópoli del subdesarrollo, de las vivencias urbanas que caracterizan a la modernidad y estructuran la percepción de los individuos.

La experiencia moderna convierte al movimiento en un fin en sí mismo (Sennett, 1996), lo cual tiene importantes implicaciones urbanas. La ciudad deja de ser “un lugar de asilo, protección, refugio, y se transforma en un aparato de comunicación” (Argan, 1984: 225). En el caso venezolano, el desarrollo de las vías de comunicación permitió, por una parte, la introducción a gran escala de técnicas de planificación y guías de diseño importadas y, por la otra, la expresión de la urgencia que tenían el país y sus élites para importar la modernidad. Las grandes autopistas y avenidas abrieron, “en el corazón de un país subdesarrollado, una perspectiva de todas las deslumbrantes promesas del mundo moderno” (Berman, 1988: 195).

Pero esta apertura de corredores no ocurrió exenta de complicaciones. A lo largo del siglo XX se evidenciaron los problemas para adecuar la ciudad existente y convertirla, como hiciera Haussmann en el París del siglo XIX, en una nueva ciudad organizada mediante nuevos esquemas de movilidad. Ello ocurrió fundamentalmente porque la ciudad antigua se oponía al movimiento moderno, era símbolo de permanencia y su estructura chocaba con las nuevas demandas de movilidad (Tafari, 1977). En Caracas, las tensiones entre la vieja y la nueva

trama fueron con frecuencia resueltas mediante el uso del *bulldozer* y la demolición a gran escala (Fotografía 5); para ello, el plan preveía, entre otras cosas “un nuevo plan vial basado en una nueva trama” (Villanueva, 1966: 21-22), el cual se propuso abrir el congestionado centro por medio de un ensanchamiento de las calles existentes y la apertura de arterias diagonales. Se argumentaba que el tejido de calles tradicional de Caracas era de trama regular, pero inadecuado para los volúmenes de tráfico de la gran ciudad.

Fotografía 5. Demoliciones



Fuente: Centro Simón Bolívar, *Acción sobre Caracas*, circa 1959.

La vía central de 30 metros de ancho remataría en dos grandes espacios abiertos: la colina de El Calvario, al oeste (donde se proponía una plaza monumental, un monumento a Simón Bolívar y el nuevo centro cívico), y el parque Los Caobos, al este. A cada extremo, dos grupos de diagonales conectarían con nuevas vías. Por sus proporciones, la avenida ofrecería simetría y homogeneidad arquitectónica y un aspecto monumental a la ciudad, similar al de los Campos Elíseos en París y al bulevar Unter den Linden en Berlín, dos ejemplos citados en el texto del plan como modelos a seguir. El conjunto incluiría una plaza de mercado

frente a la iglesia guzmancista de Santa Teresa, varios conectores diagonales, un trébol en su intersección con la avenida norte-sur 7 y una red de pasajes peatonales que unirían la avenida Central con la plaza Bolívar. Una analogía orgánica era la razón de la inmensa intervención para Rotival: "Se necesitaba sacar de nuevo una espina dorsal, insertar allí los organismos esenciales, aislar y airear las comunidades, modelar sobre tan bella naturaleza las arterias y las plazas o jardines: hacer fluir, en fin, una sangre generosa y hacer palpitir con regularidad un corazón ya hipertrofiado" (Villanueva, 1966: 181).

Sin embargo, se debe notar que, en contraste con la masiva intervención pública en el viejo centro urbano, el Plan Monumental liberaba la extensión de la ciudad a la iniciativa privada, la cual se venía transformando en el jugador clave del ensanche urbano.

Final

La partida de Rotival hacia los Estados Unidos, la Segunda Guerra Mundial y algunos eventos locales obligaron a introducir modificaciones al plan de 1939, que sin embargo continuó suministrando una línea general para el futuro desarrollo de la ciudad. El cambio más importante fue la creación del conjunto El Silencio en el lugar del centro cívico propuesto en el plan, pues, así, la vivienda y la renovación e higienización de distritos decadentes se convirtieron en el centro de los esfuerzos del urbanismo: la residencia se movió de fondo a figura.

En materia de planificación urbana, después del hiato causado por la guerra, se creó en 1946 la Comisión Nacional de Urbanismo (CNU), con la finalidad de preparar un plan actualizado. Como había ocurrido en la década anterior, la CNU y el gobierno venezolano requirieron el servicio de consultores extranjeros en urbanismo. En esta oportunidad se contaría nuevamente con la asesoría de Rotival y otras figuras importantes que trabajaban en los Estados Unidos, como Francis Violich, José Luis Sert y Robert Moses (González Casas, 1996b).

El nuevo Plan Maestro (Plano Regulador), destinado a una población de 1,7 millones de personas, se preparó en 1951 y fue presentado en 1952. Aunque repetía algunos elementos de la imagen previa de bulevares, espacios amplios, circulación racional y monumentalidad, el Plano Regulador puso al día ideas urbanísticas tales como los principios del funcionalismo urbano y la división en zonas del Congreso Internacional de Arquitectura Moderna (CIAM). Ello dio como resultado la creación de unidades vecinales y la segregación de áreas industriales, comerciales y residenciales. Siguiendo esa lógica, se dividió a la ciudad en 12 zonas o comunidades, cada una diseñada sobre la base de varias unidades vecinales. La planificación urbana adquiría un carácter menos figurativo y más abstracto a la par que el llamado Estilo Internacional se hacía lenguaje corriente en la representación arquitectónica. Ese será otro capítulo o estrato de la historia del urbanismo caraqueño, marcado por el dominio de esquemas norteamericanos.

Los juegos de la modernidad urbana supusieron concepciones variables del territorio, la arquitectura y el espacio público de Caracas. La siguiente transformación ocurrió desde mediados del siglo XX, cuando la metrópoli se convirtió en forma dominante del territorio y prevaleció la arquitectura moderna del llamado Estilo Internacional, con rascacielos que transfiguraban la silueta urbana y los grandes corredores y se erigían como exponentes de un nuevo urbanismo en el que la avenida sustituyó a la plaza como el espacio público por excelencia.

Bibliografía

- Almandoz, A. (2000). "The shaping of Venezuelan urbanism in the hygiene debate of Caracas, 1880-1910". *Urban Studies*, Vol. 4, N.º 1: 2073-2089.
- Arcila Farías, E. (1974). *Centenario del Ministerio de Obras Públicas: Influencia de este ministerio en el desarrollo, 1874-1974*. Caracas: Ministerio de Obras Públicas.
- Argan, G. (1984). *Historia del arte como historia de la ciudad*. Barcelona: Laia.
- Berman, M. (1988). *All that is solid melts into air. The experience of modernity*. Nueva York: Penguin Books.
- Boyer, M. (1996). *The city of collective memory: Its historical imagery and architectural entertainments*. Cambridge, MA: The MIT Press.
- Caballero, M. (1994). *Gómez, el tirano liberal*. Caracas: Monte Ávila.
- Carrera Damas, G. (1969). *El culto a Bolívar*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela.
- Castro Leiva, L. (1987). *De la patria boba a la teología bolivariana*. Caracas: Monte Ávila.
- Çelik, Z. (1993). *The remaking of Istanbul. Portrait of an Ottoman city in the Nineteenth Century*. Berkeley/Los Angeles: University of California Press.
- Cunill Grau, P. (1987). *Geografía del poblamiento venezolano en el siglo XIX. Vol. I*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.
- De Sola Ricardo, Irma (1967). *Contribución al estudio de los planos de Caracas*. Caracas: Ediciones del Cuatricentenario de Caracas.
- El Cojo Ilustrado* (1899). Vol. 8, N.º 176.
- Esteve Grillet, R. (1986). *Guzmán Blanco y el arte venezolano*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Fernández, R. (1998). *El laboratorio americano. Arquitectura, geocultura y regionalismo*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Ferry, R. J. (1989). *The colonial elite of early Caracas. Formation & crisis. 1567-1767*. Berkeley/Los Angeles: University of California Press.

- Fundación Polar (1988). *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Polar.
- Gasparini, G. y J. P. Posani (1969). *Caracas a través de su arquitectura*. Caracas: Fundación Fina Rojas.
- Gobierno del Distrito Federal (1939). *Revista Municipal del Distrito Federal*, N° 1.
- González Casas, L. (1996a). "Modernity and the city: Caracas 1935-1958". Disertación doctoral, Cornell University.
- González Casas, L. (1996b). "Modernity for import and export: The United States' influence on the architecture and urbanism of Caracas". *Colloqui*, N.º 11: 64-77.
- González Casas, L. (2002). "Caracas: Territory, architecture and urban space". En *Planning Latin America's capital cities, 1850-1950*, A. Almandoz (ed.): 214-240. Londres: Routledge.
- González Casas, L. y H. Vicente (1992). "Ciudades y haciendas". *Sartenejas*, 7: 4-8.
- Guzmán Pérez, J. (1983). *López Contreras: el último general*. Caracas: Gobierno del Distrito Federal.
- Hellinger, D. (1991). *Venezuela: Tarnished democracy*. Boulder, CO: Westview Press.
- INAVI¹³ (1988). *60 años de experiencia en desarrollos urbanísticos de bajo costo en Venezuela*. Caracas: INAVI.
- López Contreras, E. (1988). "Programa de Febrero". En *Documentos que hicieron Historia. Vol. II: Vida republicana de Venezuela, 1810-1989*, Ramón J. Velásquez (dir.): 183-195. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.
- Nava, R. (1971). *Obras completas*. Madrid: Mediterráneo.
- Nazoa, A. (1967). *Caracas física y espiritual*. Caracas: Ediciones del Cuatricentenario de Caracas.
- Rabinow, P. (1989). *French Modern: Norms and forms of the social environment*. Cambridge, MA: The MIT Press.

- Roche, L. (1936). "Embelllecimiento de Caracas". *El Universal*, Caracas, marzo 4, p. 3.
- Romero, J. L. (1976). *Latinoamérica: Las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Rossi, A. (1971). *La arquitectura de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Sanoja, M. y otros (1998). *Arqueología de Caracas*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.
- Sennett, R. (1996). *Flesh and stone: The body and the city in Western civilization*. Nueva York: W. W. Norton.
- Tafari, M. (1977). *Teorías e historia de la arquitectura: Hacia una nueva concepción del espacio arquitectónico*. Barcelona: Laia.
- Tinoco, E. (1991). *Asalto a la modernidad. López, Medina y Betancourt: Del mito al hecho*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Villanueva, C. (1966). *Caracas en tres tiempos*. Caracas: Ediciones del Cuatricentenario de Caracas.
- Zawisza, Leszek (1988). *Arquitectura y obras públicas en Venezuela, siglo XIX*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.